

y yo lo creo ahora, tengo empeño en entregarle la carta al carcelero para encargarle al mismo tiempo algunas cosas importantes al bienestar del preso.

—Cada rasgo de usted es para mí una nueva deuda de gratitud que contraigo gustosa. Ahí tiene usted la carta, ya que se digna llevarla.

—Dentro de media hora estará en poder del interesado, cuya alma se inundará de placer con su tierno contenido.

—Ese es mi deseo.

Willey creyó que por aquel día había conseguido cuanto podía apetecer, la confianza de su víctima; descubrir la debilidad del carcelero, impidiendo así que se cruzase correspondencia alguna entre la mujer cuya virtud anhelaba vencer, y el hombre que podía descubrirlo; conocer el estado de miseria en que vivía Soledad y saber de dónde recibía los pocos recursos con que contaba para vivir.

Privarle de éstos para reducirla a la mendicidad y triunfar de ella luego con ricas y abundantes dádivas; impedir que pudiera en lo sucesivo comunicarse con Félix y hacer que se borrara de su mente hasta la memoria de Núñez, fué el pensamiento que acarició interiormente y que se dispuso a ponerlo por obra.

—Sí —dijo para sí—. Es preciso aislarla, reducirla a la miseria; alejar de ella a esos hombres que se ocupan en actos de caridad; y cuando se vea sola, abandonada, privada de todo recurso humano, sin esperanza alguna, detestando el nombre del joven que aun ama, entonces yo le brindaré con los tesoros que poseo, le proporcionaré todas las comodidades, manifestando el mayor desinterés y cautiva de mis acciones, empezando por admirarme, acabará por ser mía en cuerpo y alma.

Al acabar de concebir este infame pensamiento, se levantó de la silla, tomó su sombrero, y se dispuso a salir.

—¿Me deja usted tan pronto, señor Willey?—preguntó la hermosa Soledad, con sentimiento de separarse de un hombre a quien creía ver reunidas todas las virtudes.

—Sí, hermosa Adela; el deseo de servir a usted entregando esta carta a la persona que debe estarla esperando con ansia, me obliga a privarme del placer de continuar por ahora a su lado.

—Es usted muy generoso y atento conmigo.

—No hago más que obedecer a los sentimientos de mi corazón. Adiós, Adela; destierre usted de su mente toda idea de tristeza, y ponga usted su esperanza en Dios, que, sin duda, se dispone a premiar con usura sus padecimientos.

—¿Cuándo tendré el gusto de que vuelva usted a honrar mi pobre cuarto?

—Mañana tendré la satisfacción de venir a escuchar el dulce acento del ángel que lo habita.

Y después de darle la mano y hacer una inclinación de cabeza, se ausentó, meditando en los medios de llevar a cabo sus infames proyectos.

Soledad, pensamiento de ángel y alma de paloma, bendijo a Dios por el encuentro de aquel hombre a quien juzgaba el más bueno de la tierra, y contaba los instantes que debían pasar para que su carta llegase a manos del sér que gemía aprisionado.

Pero, ¿llegaron las letras dictadas por el corazón y trazadas por su temblorosa mano, a embalsamar las heridas del alma de su supuesto primo?

¿Cumplió el doctor Willey con la promesa que de entregarlas había hecho?

He aquí lo que veremos en la continuación de nuestra historia.

CAPITULO XV

Por ser constante

¿Quién es esa joven de fisonomía dulce como la resignación, de mirada melancólica y serena como el limpio rayo de la luna, y hermosa y pálida como el lirio de los valles que, sentada languidamente sobre una blanca butaca de damasco carmesí, y apoyando su bellísima cabeza sobre la ebúrnea mano de su brazo derecho, cuyo codo descansa sobre el labrado del mullido asiento, dirige su blanda y dulcísima mirada hacia otra hermosa mujer, que estrecha la otra mano entre las redondas suyas, y la contempla de hito en hito, con la celestial ternura con que contempla una cariñosa madre la angélica faz del inocente niño que duerme en la cuna?

¿Por qué está velado su cuarto por oscilantes colgaduras dobles, que impiden la entrada libre a los rayos del sol que baña las copas de los árboles de una espaciosa huerta que al lado se descubre, y mantienen la estancia envuelta en una media y apacible luz, que imprime a los objetos cierto tinte de melancolía y de dolor que conmueve el alma?

¿Por qué en sus lindos y apacibles ojos brillan temblantes esas lágrimas que ruedan silenciosas por sus cándidas

mejillas, como resbalan las gotas del rocío sobre el suave pétalo de la nítida azucena?

¿Quién es, sí, quién es esa criatura celestial, cuyo púdico semblante se mira velado por la vagarosa sombra del dolor, que tranquila y resignada acepta como un legado inseparable de la triste humanidad?

¿No lo ha adivinado ya el lector?

Pues esa angélica joven, en quien están vinculadas todas las perfecciones, y en cuyo rostro se reflejan a la vez las hondas penas del alma y la pureza de un corazón sin mancha, es la sensitiva Clotilde, el sér de inagotable ternura que oculta en su pecho la inextinguible llama del amor que le abrasa interiormente, destruyendo sordamente su vida.

Desde el día en que debió unirse a Duval, y que la salvó del sacrificio que iba a consumir, la inesperada aparición de Núñez, presentando las pruebas de la inocencia del padre de su idolatrado Leopoldo, todo su sér ha sufrido una alteración terrible.

Las emociones de aquella amarga noche habían oprimido de tal manera su tierno corazón, que llegaron a enfermarlo profundamente.

La medicina radical hubiera sido unirla al hombre que adoraba; pero era preciso esperar hasta saber si eran ciertas las revelaciones que contenía el manuscrito, y áquel plazo indefinido puesto por don Emilio, y que Duval tenía buen cuidado en alargar, fueron profundizando la herida del amor y agotando las fuerzas de la inocente joven, que se sentía conducir a la muerte en alas de la melancolía y del dolor.

Cierto es que la suspensión de su matrimonio con Duval había conjurado por entonces la desgracia mayor y que más próxima le amenazaba, dejando entrever un rayo de consoladora esperanza. Pero aquel rayo era tan tenue y estaba colocado en un horizonte tan lejano y encapotado de oscuras nubes, que la infeliz temía verlo eclipsarse a cada instante.

Verdad es que con frecuencia escuchaba a Núñez hablar de su querido Leopoldo, del amor constante que le consagraba; pero las flores necesitan de la presencia del mismo sol, sentirse bañadas por sus fecundantes rayos, para vivir espléndidas y lozanas, pues sus solos reflejos no harían más que alumbrar por unos instantes su débil y melancólica existencia.

Clotilde necesitaba de la presencia de Leopoldo, como

necesitan las plantas de las linfas puras de las fuentes y de los arroyos.

Pero esta necesidad no podía satisfacerse por entonces.

La acusación contra la conducta observada por el padre de Leopoldo aún estaba en pie, y su hijo no podía presentarse en la casa del objeto de su amor, hasta no ver vindicado el nombre del autor de sus días.

Esta promesa, exigida por don Emilio, como vimos en uno de los primeros capítulos de nuestra historia, y hecha por el honrado pintor, era muy sagrada para que dejase de cumplirla el delicado amante de la hermosa expósito.

Pero el tiempo pasaba y la marca impresa en el apellido de Cabrera por la infame calumnia, aún permanecía acusadora.

En vano Núñez había tratado de hacer resplandecer la inocencia del padre de su fiel amigo. Duval, más poderoso que él, se valía de todos los medios para evitar que tuviese frecuentes conferencias con don Emilio.

El doctor, por su parte, pretextando que no convenía hablar a la joven de asuntos que pudieran afectarla, contribuía a que el señor Landeta mirase también con fría indiferencia un negocio que juzgaba menos importante que el restablecimiento de la salud de su protegida.

Para conseguir quitar de la vista de esta última todo objeto que pudiera contribuir a mantener viva en su alma la memoria de pasadas y conmovedoras escenas, hicieron desaparecer, por orden del doctor, los precisos cuadros de flores trazados por la hábil mano de Leopoldo, y que habían sido hasta entonces los parlantes fieles que le hablaban a todas horas, y en silencio, del dulce objeto de su amor.

En vano la infeliz había pedido con doloroso acento y vertiendo abundantes lágrimas, que le volvieresen aquellos inocentes compañeros de su retiro.

Su empeño dió motivo al doctor para que hiciese algunas observaciones a don Emilio y le persuadiese de la necesidad de mantenerse inflexible a las súplicas de la enferma.

Todo lo había alcanzado, pues, Duval, excepto el alejarla de México.

Sin embargo, el doctor trabajaba por conseguir esto último, y no veía lejano el momento de ver cumplido su deseo.

La desventurada Clotilde, cuyo présago corazón, prendado por la pena, le presentaba el porvenir conduciendo en

sus alas el dolor, el llanto y la amargura, amenazando envolver para siempre su existencia, viéndose contrariada en sus más tiernas afecciones, y leyendo los intentos del temático Duval, cayó en una letal melancolía, que agravó de una manera alarmante su salud, ya notablemente quebrantada desde la noche en que se vió próxima a pertenecer al hombre cuya sola presencia le hacía estremecer de horror.

Mientras tuvo a la vista los caros objetos que le repetían a todas horas los juramentos de amor del sér en quien cifraba su felicidad entera, su alma, identificando aquellos objetos con la persona que amaba, sentía desprenderse de ellos un bálsamo consolador, de grata melancolía, que le prestaba aliento y vida; pero desde que se vió privada de los parlantes cuadros en que su amante había exprimido los inagotables sentimientos de su acendrada pasión, el desaliento y el dolor se habían entronizado en su pecho, robándole todo linaje de consoladora esperanza.

—¿Te sientes mejor, hija mía?—le preguntó con cariñoso acento la hermosa mujer que estaba a su lado y que estrechaba su blanca mano entre las suyas.

—¡Mejor! —contestó con débil y armoniosa voz la interesante joven—. ¡Mejor, cuando me han privado de cuanto podía endulzar mi profunda pena y hacerme apreciar la vida! ¡Mejor, cuando sorprende en los ojos de usted, madre mía, la tristeza que imprime el sentimiento de verme padecer, y leo algunas veces en su inquietud y sobresalto el temor de que triunfe Duval de la inocencia y de la virtud! No: no estoy mejor. Conozco, por el contrario, que mi muerte no está lejana; que voy a morir consumida por el dolor y la melancolía..., a morir muy en breve, sin haber conocido la felicidad..., sin enviar el último adiós a la persona que amo..., sin recibir de ella la dulcísima mirada de ternura y compasión que embalsamase benévola los últimos instantes de mi vida... ¡Ah!, conozco que he amado como nadie ha amado..., como nadie es capaz de amar en la tierra... Nadie, sí, madre mía... Ni aun el objeto de mi amor es capaz de comprender la intensidad de la pasión con que ha sido amado..., con ese fuego inextinguible y tierno, vehemente y dulce, que embellece la vida espiritual, desinteresada y dulce, que atesora el alma sensible de la mujer, formada por Dios para amar y padecer... Todo en la verde primavera de mi vida..., cuando acababa de soñar con un mundo de felicidad sin término..., cuando

mis ojos se extasiaban contemplando los miríficos colores de un esplendente horizonte que conducía al embalsamado oasis de la existencia! Todo ha sido para mí mentira..., ¡todo, menos mi dolor! El bello porvenir que mi imaginación me presentaba radiante de esplendor y de hermosura, riente y apacible, se ha deshecho en el aire, como los sutiles y vistosos glóbulos de jabón con que juegan los candidos niños, y desaparecen cuando más bellos eran sus brillantes colores. ¡Madre mía, madre mía! ¿Es posible que yo muera sin despedirme para siempre del hombre que idolatro...; yo, que no he vivido más que para él...; yo, que no quiero morir, porque morir es cerrar los ojos para no volverlo a ver más en el mundo..., renunciar a la felicidad de pensar en él..., de llorar por él..., de sentir por él? ¡Ah! ¿Por qué Dios me ha dado un corazón dotado de esa exquisita sensibilidad que destruye la vida, matando en flor las doradas ilusiones que forman el bello ideal de la ardiente juventud? ¿Por qué me concedió un alma que sólo vive de amor..., que nació para el amor, y que respira y alienta amor? ¿Qué delito tenía que expiar, desventurada de mí, para que el peso de la pena y del dolor fuesen los terribles agentes que me abriesen las puertas del sepulcro?

Y una tos seca, causada por la agitación, siguió a estas palabras.

Clotilde llevó el pañuelo a la boca para contenerla, y poco después lo retiraba, enrojecido con algunas manchas de sangre.

—No te agites así, Clotilde; ya ves que hablar te hace daño; cada gota de sangre que se imprime en tu pañuelo, es un nuevo martirio que aumenta mis temores.

—Es un agente de la eternidad que abrevia mis padecimientos, que me llama a la muerte.

—¡No hables de morir, hija mía! No pienses, por piedad, en la otra vida. Tú, tan buena, tan cariñosa y pura, es preciso que vivas para ser feliz sobre la tierra..., para ser el consuelo de esta desgraciada amiga que no podría soportar tu muerte. Yo espero que llegue a cambiar tu suerte...; yo espero que esa tristeza que te consume y me mata, se torne al fin en contento y alegría, cuando la fuerza de la inocencia y de la verdad disipen las densas nubes de la impostura y de la calumnia, que hoy te separan del hombre que te hizo presentir con su amor, una existencia de inagotable ventura. Sí, yo espero en que terminarán tus penas..., y para esperararlo, me fundo en el acendrado cariño que te consagra mi engañado hermano..., en el interés que

hoy temo por tu salud, por tu vida, que él rescataría a costa de su misma sangre, y que no dudará en salvarla, uniéndote al tierno y desgraciado Leopoldo que, como tú, padece y llora su contraria suerte.

—Conozco que todo sería ya inútil para salvarme —exclamó Clotilde con apagado y conmovido acento—. ¡Sí..., inútil enteramente! ¡Mi corazón ha sufrido en poco tiempo todos los tormentos de una horrible eternidad! Siento que la opresión de mi pecho me quita la respiración..., que mi naturaleza se destruye, devorada por el fuego de una pasión volcánica, y que, ¡nada, nada en el mundo le podría devolver al alma la alegría y la felicidad! ¡Mas usted, madre mía, verá a Leopoldo..., le dirá usted todo lo que he padecido por él..., todo lo que lo he amado..., las lágrimas que he vertido constantemente por su amor..., y que hasta el triste instante de morir fué para él mi último pensamiento..., mi último suspiro...! ¡Para él, sí, mi tierna amiga; para él, que ha sido el objeto de todo mi cariño, de toda mi ternura, de todo mi amor...!

—Deja, por Dios, hija mía, esas tristes ideas que me desgarran el alma—exclamó afligida la cariñosa Inés, estrechando contra su corazón la mano de aquella joven que había sido la única amiga que contaba en el mundo.

—¡Morir sin haber gozado las delicias celestiales del amor! —continuó Clotilde, dominada por su pensamiento—; de ese amor que inicia a nuestras almas en los inefables goces de la gloria de donde aquél desciende como emanación dulcísima del cielo. ¡Y quieren que esté alegre..., que la sonrisa anime mi semblante, cuando veo tan próxima mi muerte...!; ¡cuando tengo que renunciar a la delicia balsámica de ser del hombre que hizo latir mi corazón con ese fuego sagrado que enaltece a la criatura, que sostiene el mundo, fecundiza la tierra, da vida a todos los objetos, y por el cual siento morir tan joven!

—Borra, borra, querida Clotilde, de tu mente, estos funestos pensamientos que te dañan; bórralos, hija mía —dijo la inconsolable Inés, derramando un torrente de lágrimas arrancadas por la pena y el dolor—. Sí, yo te lo suplico, yo te lo ruego; pues entregarte a ellos es atentar contra tu propia existencia, que la religión y Dios mismo, te ordenan conservar. Si me amas, si es cierto que me consagras algún resto de aquel profundo cariño con que en un tiempo correspondías al intenso mío, preciso es que abras tu corazón a la esperanza, porque el esperar embalsama las heridas del alma y vierte el consuelo en las personas que se

interesan en tu vida, en tu amiga, en tu afligida madre que padece, porque te ve padecer, y que moriría de pena si dejases de existir.

—Siento, madre mía, que me abrasan sus lágrimas, que caen ardientes sobre mi helada mano... Mas ¡ah!, ¡no puedo estar alegre..., no puedo reír...! ¡La risa y la alegría serían un sarcasmo en un corazón desgarrado por la melancolía y el dolor...! Es inútil consolar mi alma, cuando las penas y los tormentos la han agobiado con su enorme peso...!

—¿Y de qué sirve la voluntad? —advirtió Inés, tratando de reanimar el decaído espíritu de su protegida—. ¿No ejerce ella muchas veces sobre la materia un poderoso influjo dominando benéficamente nuestros sentimientos?

—Madre mía —continuó la joven, sin haber fijado la atención en las palabras de su fiel amiga—; escuche usted en este instante la voz que sale del borde de la tumba... Yo..., lo conozco, no volveré ya a ver a Leopoldo...; no podré fijar mis moribundos ojos en los suyos, para recibir en su dulce mirada el tierno adiós de despedida... Pero usted lo verá, madre mía, y le dirá usted que siempre lo he amado..., que siempre fui fiel a mis juramentos..., que en medio de mis penas y dolores, mi pensamiento estaba fijo en él, que era el centro de atracción de mi sensible alma...; que los cuadros trazados por su mano, fueron mi encanto y mi delicia en mi triste soledad..., los fieles confidentes en quienes confiaba mis amorosos pensamientos y mis lágrimas...; que desde el día que me los quitaron, que me privaron de ellos, no he disfrutado ni un solo instante de placer ni de consuelo...; que la tristeza más profunda se ha apoderado de mí..., y, en fin, que muero amándolo y pidiéndole un recuerdo para su desgraciada Clotilde...

—¡Oh! ¡Tus palabras, hija mía, me hielan la sangre! ¿Será posible que mi amor y mis súplicas no tengan fuerza ni valor alguno para ti? ¿Será preciso que pierda toda esperanza de que vivas? ¡Oh! ¿Qué haré yo, Dios mío, para retener en el mundo tu existencia, que compraría con toda mi sangre?

Y la hermosa Inés, inundada de lágrimas, oprimía afligida contra su pecho, la blanca mano de la joven, que le enviaba una mirada de ternura y de gratitud.

—¡Siento hacerla padecer a usted, madre mía! Pero conozco el estado de gravedad en que me encuentro... ¡Ah!, ¡yo siento discurrir por mis venas el hielo de la muerte! ¡Mi pecho y mi corazón padecen horriblemente, y mi naturaleza

entera desfallece por instantes! ¡Mis ojos están velados por la sombra del dolor, y mi aliento y el sudor que baña mi frente, son fríos como el del moribundo! ¡En vano, pues, trata usted, madre mía, de prolongar mi vida con sus tiernas y consoladoras palabras! ¡Es imposible alargar por mucho tiempo mi existencia! ¡Ah, madre mía, madre mía!

Y Clotilde se inclinó, llorando, sobre el amoroso pecho de la hermosa Inés, que la inundó de besos y de caricias.

—¡Apóyate, hija mía; apóyate sobre el amante seno de tu tierna amiga! ¡Deposita en mí tus lágrimas y tus suspiros..., en mí que comprendo tu dolor; porque es el mismo que padecí en tu edad..., que padecí después..., que padezco ahora...!

—Sí, es cierto. Usted ama como yo, y sabe, por lo mismo, valorizar mis penas y compadecerlas. Usted lamenta, como yo, la contraria suerte que se ha interpuesto entre usted y el hombre que fuera el bello ideal de su existencia, y cuya larga separación martiriza su sensible alma... Usted conoce, como nadie, que el sentimiento de esta pasión, de que soy víctima, se sobrepone a todos los demás que pueden interesarnos y por lo mismo no me acusará de ingrata, si no le sé hablar en estos supremos instantes más que de Leopoldo, del ser a quien juré no olvidar mientras viviese.

—¡Acusarte de ingrata, cuando conozco tu noble corazón..., los hidalgos sentimientos que embellecen tu alma! No, hija mía; nunca cometeré tal injusticia... Sé que me amas; sé que darías tu vida por la mía; te he visto dispuesta a unirme al hombre que detestas y a renunciar al que idolatras, por salvar mi honra..., ¿qué más pruebas pudiera exigir de gratitud? Pero hay una pasión que, como tú has dicho, se sobrepone a todas, porque forma ya una parte integrante de nuestra vida, como que es la savia que la fecundiza y la alienta.

—¡Cuán buena es usted, madre mía, y cuán criminal sería yo si no correspondiese al acendrado cariño que desde mis primeros años me ha consagrado! ¡Ah!, si siento perder el mundo, es sólo porque dejo en él tres personas de quienes no quisiera separarme jamás!; ¡tres personas que me llorarán sin duda, y cuyas lágrimas irán a conmovirme hasta el retiro de mi tumba! Y esas tres personas que amo, que me hacen temer la muerte, que viven constantemente en mi memoria, son...: usted, madre mía, mi inolvidable Leopoldo y la infeliz Elisa..., esa pobre y hermosa mujer tan virtuosa como desgraciada, cuya suerte y la de

sus tiernas criaturas, me interesó desde el instante que tuve la dicha de conocerlas.

—Sí, esa desgraciada esposa es digna del aprecio y de la compasión de todas aquellas personas que no han renegado de los nobles sentimientos de humanidad.

—¡Pobre Elisa! ¡Ah!, si como presiento, la muerte me arrancase muy pronto de este mundo, yo le ruego a usted que vaya a verla..., que la consuele..., que le diga de mi parte que la he amado con toda la sinceridad de una verdadera amiga...; que el deseo de su felicidad y de los dos bellos ángeles que la rodean, ha ocupado siempre mi pensamiento y lo ocupará aun en la otra vida...; que usted queda encargada de suministrarle cuanto necesario sea para su sustento y la esmerada educación de sus lindas criaturas...; que siento sobremanera la resistencia que siempre ha hecho para visitarme, a pesar de mis súplicas; pero que le perdono y respeto los motivos que haya tenido para no hacerlo...

—La miseria, hija mía, vuelve tímidas y vergonzosas a las gentes de fina educación. Elisa carece de trajes correspondientes a su nacimiento, y acaso sea ésta la causa de que rara vez se ausente de su casa. Pero no porque se excuse de visitarte, te deja de amar entrañablemente; desde que ha sabido que estás mala, no se ha pasado un sólo día sin que haya enviado por mañana y tarde a preguntar por el estado de tu salud.

—¡Cuánto se lo agradezco! ¡La quiero tanto, y es tan desgraciada con su esposo!

—Por fortuna ha recobrado el infeliz su juicio, y algo ha descansado ella con este acontecimiento.

—¡Dios ha escuchado mis ruegos! ¡Pero si su alivio sólo fuese instantáneo y aparente...!

—No; para evitar una fatal recaída, un antiguo amigo que vive en uno de los pueblos cercanos a la capital, le ha llevado a su casa, con objeto de procurarle alguna ocupación que lo entretenga, y separarlo del vicio detestable del juego.

—¡Quiera Dios que consiga el noble fin que se ha propuesto, porque entonces aun podría ser útil a su amante esposa y a sus inocentes criaturas! ¡Ah!, ¡si la viese feliz, moriría yo más contenta y consolada!

—Lo verás, hija mía, como yo espero verte recobrar tu salud y tu tranquilidad.

—¡Mi salud! ¡Para recobrarla sería preciso que empeza-